

A LUIS SE LO LLEVARON PARA QUE NO SUCEDA MÁS

Nora Strejilevich

No sabía que las paredes se le pueden meter a uno en el estómago. Claro que uno no tiene por qué saberlo todo, y si bien mi padre era arquitecto, o justamente por eso, creía que el tamaño de una pared impide el acto de incorporarla al organismo. No piense que es una manera de decir, nada de eso: el departamento de mi familia se me ha metido en el cuerpo y eso es un hecho. Le digo más: el escritorio se apoya contra el estómago, hasta puedo sentir la biblioteca. Los libros ya no están, pero palpo los estantes que separan ese cuarto del de Luis. El problema es que ahora falta una habitación.

No puedo ubicar el dormitorio de Luis por ninguna parte, parece haberse esfumado del plano de la casa. Hasta el día en que se lo llevaron dormía ahí, y la pieza por supuesto no se movió. Doy fe porque pasé largas noches en ese cuarto tratando de recuperar algo, quizás su ser, entre esos cuadros, cuadernos, zapatos. De más está decir que no lo logré. El ser no está en ningún lado, más bien sucede. Y a Luis se lo llevaron para que no suceda más. Eso lo entiendo, no lo acepto pero tiene su lógica. Lo que no me puedo explicar es por qué se me mete el departamento entre la garganta y el esófago, y su cuarto brilla por su ausencia. En su lugar no hay nada, ni siquiera vacío. Eso no lo puedo digerir.

En cambio el resto está completo. Incluso podría ubicar sin la menor duda el baño. Ahí fue donde me metí en cuanto me largaron. Quería lavarme el horror, no el de los golpes, las descargas, los gritos ciegos, el olor a miedo, sino el horror de mi alegría por haber sobrevivido. Mi asquerosa alegría. Yo acá y ellos

allá, acumulándose en pilas de cuerpos inmóviles. Yo humana, ellos bultos. Así de simple. Casi podría decirse que cuantos más muertos se acumulan alrededor, más contento se pone uno por haberse salvado, aunque en la pila esté la propia sangre. Me lavé una y otra vez por eso de la purificación que trae el agua. Seguramente buscaba el olvido, que, después de todo, es pariente de la pureza.

Siguiendo con el plano de la casa, la cocina la tengo en la garganta, no porque esté cerca de la boca sino porque así se diseñó el edificio. Un edificio de principios de siglo, remodelado de acuerdo a la furia modernizadora de los sesenta: mi padre gastó lo que no tenía para bajarle los techos y sacarle las banderolas a puertas y ventanas. El pasillo quedó reducido a la mitad. León se dedicó, a partir del 76, a recorrer ida y vuelta ese corredor, abismado por sucesos que lo excedían y que los pies parecían aplastar. Mejor le hubiera venido dejarlo de tamaño natural, pero el optimismo de esa década no podía prever agonías de tal calibre. La cosa es que terminó sus días recorriendo kilómetros bajo su propio techo, sin poder resolver el enigma de la desaparición de tantos, entre ellos su propio hijo.

En aquel entonces no podía uno imaginar la que se venía. Indicios no faltaban, pero nuestras recetas sobre cómo se cocina el mundo no nos dejaban olfatear los ingredientes de lo que vino y se quedó, estancado en las aguas que circundan la ciudad, en terrenos baldíos, en organismos públicos y privados, en calles y casas. En el fondo, que mi casa se me meta en el cuerpo no tendría que sorprenderle a nadie. ¿Dónde más iba a meterse para salvarse?

Ya le veo la expresión, esos ojos que miran el reloj pulsera como buscando una manchita en la manga: no disimule, sé que está perdiendo la paciencia. Si lo sabré. El problema no es contar una experiencia nueva, sino que se la crean. Pero voy a seguir hablando, aunque sea para librarme del peso que

me agobia. No es fácil levantar toneladas cada vez que uno se para. ¿Cómo explicar que mi cuerpo pese como una mole de hierro si no fuera porque arrastro un edificio hasta los cimientos? No me venga con que aumenté de peso porque sé perfectamente que las células adiposas no disminuyen la elasticidad. Y si no, fíjese en las rumbas que bailan esas portorriqueñas redondísimas, desconociendo la atracción que la tierra ejerce sobre los cuerpos. Peor aún, a las portorriqueñas las vi en Nueva York, donde la atracción de la tierra debe ser más potente que en estas debiluchas pampas. No, señor, no minimice lo que me pasa. Cada mañana hago un esfuerzo sobrehumano para ponerme en pie porque debo levantar más de cuatro paredes para abandonar la posición horizontal. Por algo se llama propiedad horizontal: el piso se resiste a que lo pongan patas para arriba. Pero no me queda más remedio porque mi otra casa, no la que vive en mí sino la casa en la que vivo, también requiere atenciones. Cumplo mínimamente con ella aunque me lleve horas pasar de la cocina al comedor, y en eso se me va el día. Ya no leo ni salgo, como antes, a pasear. Al departamento, de todas maneras, le da lo mismo tomar aire. Y no crea que es mi paraíso perdido: es umbrío, otoñal, sin balcón ni vecinos conocidos. Me metieron en él por la fuerza, arrancándome del tronco del aroma de la primera casa, la de la infancia, y me sacaron también por la fuerza para meterme en el inefable Ford Falcon sin chapas. Casi casi como a mi madre: a la hora de morirse la sacaron por la fuerza, en ambulancia. Para abreviar: todos salimos de ahí por la fuerza, más o menos bruta pero fuerza al fin.

Curiosamente tenerlo adentro me serena, mal o bien guardo el lugar de todos y está conmigo. Lo que no concibo es que me lo cambien, no admito que por la fuerza me lo quiten: el lugar de Luis no puede esfumarse. Lo único que busco, doctor, es recuperar su pieza para que el plano de la casa no termine cayendo por ese agujero negro. Eso sí sería un desastre.